

ELLA FONTANALS-CISNEROS

Ella soy yo



Ella soy yo

COLECCIÓN
LITERADURA

Ella Fontanals-Cisneros

Ella soy yo



Primera edición: febrero de 2024

© Ella Fontanals-Cisneros, 2024

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2024
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-127456-7-2
Dep. Legal: M-2639-2024

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: Mauricio Donelli, 2024

Impresión y producción gráfica: Ayregraf

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Ella soy yo

MI NOMBRE ES ELENA FELIÚ, pero mi padre siempre me llamó Ella. Nunca supe por qué prefería esa forma abreviada, tan cercana y a la vez tan distinta. Cada vez que lo escuchaba, sentía una identidad única que él, solo él, me había dado. Mi madre, por su parte, insistió en llamarme Elena, impulsada por los celos de una Ella desconocida en su pasado, ¿una sombra en su relación con mi padre, o tal vez serían las notas de jazz cantadas por Ella Fitzgerald una y otra vez en las noches bohemias de mi padre?

Ella soy yo no es solo el título de mi historia, sino un eco de mi identidad, una mezcla de lo que mi padre veía en mí y de lo que mi madre quiso evitar.

Café con leche

SE ABRIÓ LA PUERTA y, con él, entró un viento cálido que venía desde la playa. La habitación donde cómodamente escribía daba directamente al mar, y allí, helada por el aire acondicionado, dejaba pasar las horas esbozando ideas y recuerdos, abrigada como si estuviese en la montaña. Mientras tomaba aquel café con leche de la mañana, recordaba momentos felices de mi niñez.

El olor del café me hacía regresar a Cuba, olía a las tardes con mi abuela Yuya, cuando las meriendas de galletas Saltines con mantequilla y azúcar se mezclaban en mi boca con el dulce café con leche que ella nos preparaba con tanto amor. En mis ratos de angustia o de tedio siempre volvía a él para resguardarme entre los recuerdos de su olor y sabor, y el cariñoso arrullo de mi abuela.

¿Tendría que dejarlo como había hecho anteriormente, cediendo a las presiones externas? ¿Abandonaré mis memorias apenas

cernidas sobre las páginas? No, me dije, esta es una decisión tomada, y lo haré a como dé lugar, con o sin interrupciones.

De nuevo sentí esa seguridad que siempre venía a mí desde muy adentro en los momentos de duda. Ellos, mis instintos, criaturas traviesas que seguía a pies juntos y que, al alcanzarlos, regresaban a mí en certezas y éxitos.

Los recuerdos venían a mi mente como si hubieran sido ajenos, fragmentos de una película olvidada, secuencias que se proyectaban de nuevo en mi memoria dispersa.

Recordé mi niñez, mis padres y la felicidad de tener tanto amor. La imagen de Orlando apareció en mi mente de repente, y me pregunté qué es el amor. Y allí, sumergida en el mar de pensamientos extraviados, me recreé de nuevo en su significado.

El amor, me dije, es esa renuncia total de nuestros sentimientos posesivos en favor de la felicidad del ser amado; la comprensión y la aceptación total. Es dejar que este pueda realizarse como persona, aunque conlleve dejar de lado nuestros deseos de control.

Toqué con la punta de los dedos la pantalla, acariciando esta frase para preguntarme luego cuántas personas he amado de esta manera, y cuántas me han amado de la misma forma.

El verdadero amor tocó a la puerta y no lo escuché

CONOCÍ A ORLANDO de una manera inusual.

Era la chica del momento y querían fotografiarme para una columna social. Salía todo el tiempo en revistas y periódicos, mi cara era perfectamente reconocible, y mucha gente me saludaba a la entrada de los cines, en las recepciones, en las bodas y en los cumpleaños. Era la invitada especial en las celebraciones más exclusivas.

Mi hermana Sisi decía que eran mi belleza y mi carisma lo que les atraía. Mi madre, en cambio, opinaba que era mi capacidad de entender a los demás, mi don para quedarme en el corazón de la gente, lo que hacía que, a una emigrante como yo, se le abrieran las puertas más inaccesibles. A esas alturas, hasta a los desconocidos les resultaba alguien familiar.

Sentada al borde de un trampolín, en la piscina de un elegante club de golf de Caracas, atendía las instrucciones del fotógrafo

estrella de una importante revista de modas. Mientras él escondía la cabeza detrás de la cámara, dándome indicaciones para las clásicas poses requeridas por la revista y lograr una buena portada, yo le desobedecía divertida, logrando originales posturas, sorprendentes e inesperadas para el experimentado profesional.

En un descanso, aparté los ojos de la cámara y me dejé ir por la reposada belleza del club. Elegantes tumbonas dispuestas al lado de la piscina descubrían la ropa desordenada de los bañistas, un bar restaurante con vistas a los campos de golf repetía en sus espejos la imagen de los golfistas que llegaban sudados a la cafetería para refrescarse con un trago y charlar después de un largo partido.

Junto al verde campo de golf se filtraban tramos de jardines con sofisticadas flores de diferentes tonalidades, que otorgaban un aire confortable y de lujo natural al club. «¡Cómo me gustaría tener una membresía de ese lugar! Vendría a nadar todos los días en esta piscina, celebraría mis cumpleaños aquí, y traería a mi mamá a jugar a las cartas con las madres de mis amigas», pensaba.

Eso pensé repasando recuerdos muy frescos de mi club en La Habana, donde pasé mi infancia metida en el agua, haciendo lo que era lógico que se hiciera en una isla: deportes acuáticos. La natación, el nado sincronizado y los saltos ornamentales en la piscina del Miramar Yacht Club eran mi día a día. Cuántos recuerdos sobrevivían chapaleteando en las playas de mi mente, mirando el reflejo del sol sobre la espléndida piscina, con los pies hacia el abismo, con ganas de lanzarme. Sabía que, después de varios años de exilio en Venezuela, mi mente seguía nadando muy lejos de allí.

Bajé por las escalerillas del trampolín y, mientras lo hacía, vi cómo se llenaba de voces el lugar. Los camareros corrían diligentes, mientras los tenistas regresaban cargados con sus mochilas, intentando capturar un trago.

A pesar de verme como parte del contexto, no era miembro del lugar. Me había sido fácil entrar y obtener los permisos para hacer estas fotos en el club, pues tenía muchos amigos que sí tenían membresía y, con gusto, me los consiguieron.

En la cafetería, la periodista decía cosas sin demasiado sentido, me hacía preguntas triviales mientras un chico con semblante de lo que hoy llaman un «nerd» me miraba con mucho interés, tratando de buscar el momento justo para acercarse y entablar conversación. Lo observé curiosa y pensé: «Este tiene cara de tonto». Le retiré la mirada con un ademán que, pensé, le quitaría toda esperanza.

¿Quién podría sospechar que ese mismo muchacho que intentaba rechazar sería un día el amor de mi vida?

Terminó la sesión de fotos, la entrevista y, tras beber una copa de vino e intercambiar algunas anécdotas, nos despedimos contentos de haber logrado lo que necesitábamos.

Atravesé los jardines que bordeaban la piscina buscando los vestidores para cambiarme cuando, de pronto, me interceptó un muchacho muy alto, de grandes ojos azules, pelo azabache y gestos pedantes. ¡No lo podía creer! ¡Era Santiago! Lo conocía de La Habana, era mayor que yo, y por eso lo observaba siempre de lejos en nuestro club.

Pasaba los veranos tratando de conquistar a todas las chicas; su arrogancia y aires de superioridad nunca me gustaron. Tal vez por eso pensé: «Corre, Elena, y no le dediques ni un minuto de tu tiempo».

—¡Hola! ¿Cómo estás?

Me interceptó bruscamente y, sin esperar a que reaccionara a la sorpresa, me tomó de la mano.

—Bien. ¿Y tú?, ¿qué haces en este país? —le dije, pensando en qué hacía en Venezuela y no en los Estados Unidos, sitio donde normalmente se exiliaban casi todos los cubanos en esa época.

—Aquí estoy, Elenita, vine a acompañar a mi jefe a almorzar. No sé si sabes que trabajo en una estación de televisión. El dueño del canal se llama Orlando Jiménez y quiere conocerte. Ven a almorzar con nosotros.

Tratando de evadirlo, le contesté bruscamente.

—Lo siento, ya tengo un compromiso.

Él, con la seguridad que su poder de labia le daba, intentó varias fórmulas para convencerme de que debería aceptar la invitación. Le di todas las excusas posibles por las cuales no podía, y allí mismo terminé el diálogo, pues sabía que no quería tener ninguna relación de amistad, ningún tipo de cercanía o roce con la persona que tenía delante de mí.

Mientras me cambiaba, pensé: «Este es un momento especial en mi vida, tengo muchos amigos y enamorados que me convidan. ¿Por qué habría de aceptar una invitación de alguien que no me merece ningún respeto, y menos a su jefe, que no tuvo la personalidad de acercarse a mí frente a frente sin usar intermediarios?».

Pasaron varios días después de este encuentro. Una noche, cuando me preparaba para organizar mi salida, mi madre caminaba detrás de mí, como siempre, protestando por mis cada vez más frecuentes salidas nocturnas.

—Una mujer divorciada debe de ser recatada, estar en su casa con la familia y no en la calle todos los días.

No me sentía esa «mujer divorciada» y sería de la que ella hablaba. Era una chica de diecinueve años con ganas de divertirse como lo hacían todas las amigas de mi edad, de vivir intensamente la vida, conocer personas y tener nuevas experiencias. Trataba de explicárselo cada día, pero ella, aunque parecía entenderlo, continuaba con su cantaleta, intentando que en algún momento desistiera.

Mi madre siempre utilizaba a mi hija como pretexto para que no saliera.

—Mamá, Mariana está dormida y no se va a despertar, pero, si lo hiciera, contigo está en mejores manos, no tengo ninguna experiencia. La adoro, y estaré aquí para su toma de leche en la mañana. No te preocupes por mí, sé lo que hago.

Nunca logré que mi madre me dijera que entendía lo que yo sentía, pero, en el fondo, sabía que ella estaba de acuerdo en que me lo pasara bien y disfrutara de la vida.

Esa noche sonó el teléfono y contesté. Para mi asombro, quien hablaba del otro lado era Santiago. Su voz melosa era inconfundible:

—Oye, linda, te llamo porque mi jefe, Orlando Jiménez, insiste en conocerte, y queremos invitarte a cenar esta semana.

—Realmente no tengo tiempo, estoy muy ocupada toda la semana. Tengo compromisos todos los días.

Mi ágil respuesta no estaba lejos de la realidad. Era muy popular, tenía invitaciones a fiestas, cenas y paseos todos los días.

Se despidió cortésmente prometiendo que me llamaría la semana entrante para ver cómo iba mi tiempo, y entonces pensé: «No importa cuántas veces llames, siempre estaré ocupada»,

¡Qué equivocada estaba! Sin saberlo, se había abierto una puerta infinita y, aunque no quisiera y dijera que no, el destino estaba dispuesto a llevarme de la mano a través de ella.

Pasaron algunos días, tal vez semanas, mis salidas frecuentes seguían molestando a mi madre, para mí eran felices momentos de música, de bailes y de encuentros con mis amigos, tal vez muchas noches de traspasado, pero me levantaba cada día, disciplinada y coherente, para ir a trabajar. Muchas veces dormía solo dos horas, las que usualmente quedaban después de una noche de juerga,

esas cosas que realmente solo se hacen cuando se tienen diecinueve años, pero cumplía con mis deberes como era mi obligación.

Como las llamadas de aquel pedante continuaban, decidí preguntar a mis amigas quién conocía a Orlando Jiménez. Algunas habían oído hablar de él, decían que era un muchachón recién graduado, nuevo en la sociedad caraqueña, pues no había vivido en la ciudad hasta hacía muy poco.

Nadie sabía ciertamente quién era Jiménez, y me hice la idea de que era un muchachito obsesivo jugando a levantar a la chica del momento. En fin, me parecía un menor de edad con ganas de interpretar el mundo. Nada interesante para una divorciada con una niña pequeña y una familia a sus espaldas.

En aquellos tiempos ser una mujer divorciada en Venezuela era un pecado mortal.

¿Y yo quién era? Una pecadora... Pero Santiago volvió a llamar.

La Isla nos dejó partir

SALIMOS DE CUBA A MEDIADOS de los años sesenta. Atrás quedaron mis dos hermanos, Manuel y Servando. Mi hermana Livia, en cambio, fue la primera que partió de la Isla, pues se había casado con un cubano que tenía negocios en Venezuela, y allí se instaló; se había ido varios años antes que nosotros. Sergio Gómez, mi cuñado, trabajaba con su padre en los centrales azucareros de la familia.

Sisi y yo éramos las hijas menores, mimadas y consentidas, principalmente por nuestro padre, un hombre muy familiar, amoroso y sobreprotector de sus pequeñas. Tal vez por eso fue él quien primero sintió la presión, el control que la Revolución pretendía ejercer en nosotras, sus hijas menores. La minuciosa labor de adoctrinamiento, el lavado de cerebro que el comunismo trataría de implantar, podría ser fatal. Mi padre era un ser brillante, así que no se sentía nada cómodo con esta nueva situación que, por más que mi madre intentaba evadir, él no podía ni quería pasar por alto. Y así fue.

Todo comenzó una mañana con una llamada de Sister Louise, la directora del colegio norteamericano de monjas dominicas, adonde íbamos Sisi y yo, y del cual Manuel, mi padre, era el presidente de la Junta de Padres y Maestros.

Recuerdo a Sister Louise como una mujer alta, fuerte, y a la vez amable y muy moderna, siempre dispuesta a recogerse el velo que llevaba para jugar al béisbol con sus alumnas. También solía llevarnos a montar en bicicleta, a nadar y a correr al aire libre en la finca que el colegio tenía en La Coronela, a las afueras de La Habana. Sin duda alguna, era ella la más entusiasta de todas en el claustro de esa escuela.

La monja tenía una muy buena relación con mi padre. Solían comunicarse frecuentemente, charlar y analizar asuntos del colegio, así que ella misma decidió darle la noticia.

—Manolo, lo llamo para despedirme. Esta misma tarde toda la comunidad del colegio parte a Estados Unidos.

Mi padre no daba crédito a la situación. Apenas pudo preguntar si aquello era cierto, cuando ella, con voz entrecortada por el sentimiento de pérdida, lo interrumpió.

—Sí, Manolo, abandonamos Cuba. La embajada norteamericana nos ha dado un ultimátum, y tenemos que salir con urgencia esta misma tarde. Por favor, despídame de su señora y, en especial, de las niñas.

—Por favor, Sister Louise, dígame francamente, ¿qué pasa? ¿Qué noticias tienen ustedes que deba saber?

—Manolo, solo puedo decirle que nos vamos. La embajada nos ha dicho que corremos peligro y tenemos que salir enseguida del país —explicó entre lágrimas la amable monja un poco antes de que se cortara la llamada.

Mi padre, muy asombrado, no sabía qué decir. Aquella noticia llegó a nosotros de un modo demasiado abrupto. Colgó el

auricular y caminó varios pasos en la sala tratando de entender la situación. ¿Qué está pasando en esta Isla? ¿Cuáles son los sucesos que crean esta situación? ¿Qué puede estar presionando a los norteamericanos a escapar del país?

Esa llamada fue suficiente para que mi padre tomara la decisión de irse a Venezuela, y así poder entender, desde afuera, qué era lo que verdaderamente ocurría.

Dentro de Cuba las noticias eran limitadas, con un enfoque unilateral y reducido al punto de vista de quienes habían tomado el poder el 1 de enero de 1959. Aniquilaron la opción de contrapartida y, por tanto, no existía ni debate, ni oposición visible, ni claridad sobre la información. Cerraron los periódicos; la radio y la televisión se encontraban ya en manos de los comandantes revolucionarios que las habían intervenido. La mayoría de los propietarios de los medios de comunicación eligieron el camino del exilio y los pocos que se quedaron resistiendo atrincherados en sus despachos fueron a prisión por defender sus ideas opuestas al irrevocable método revolucionario.

Así fue como mi padre voló sin demora a Venezuela. Se fue con la secreta esperanza de llamarnos desde allí para contarnos que en Cuba nada sucedía y que estaría de vuelta en una semana, pero no fue así. Al llegar a Caracas, se encontró con que los medios de comunicación de ese país hablaban sin reservas sobre la situación de control absoluto con que el Gobierno cubano neutralizaba cualquier intento de modificación o alternativa política a la actual.

Era evidente, se comenzaba a implantar un comunismo de nuevo tipo y, aunque el *establishment* en Cuba no se atrevía aún a mencionar abiertamente su cercanía con los soviéticos, ya el resto del mundo sabía que el camino no era aquella sociedad «más verde que las palmas», como explicó Castro en sus primeros discursos,

sino de un rojo profundo, que terminó confundiéndose con la sangre derramada por miles, millones de cubanos afectados por el dolor y las pérdidas.

Comenzaba a controlarse todo internamente. Las comunicaciones, la educación, la fuerza laboral, todas las empresas y las acciones de Cuba en el exterior fueron intervenidas por el llamado Gobierno revolucionario.

Con mucho dolor, pero también con la esperanza de que todo cambiaría y podría volver pronto a su tierra, mi padre llamó a mi madre para que preparáramos la salida de Cuba, que, en principio, pensamos podría convertirse —como mucho— en unas largas vacaciones forzadas de uno o dos años máximo.

El proceso no fue fácil, teníamos que sacar nuevos pasaportes y ya nos habían dicho que estaban restringidos, que las colas para obtenerlos eran terribles.

Mi madre decidió pasar un día por la oficina de Inmigración y Extranjería que emitía los documentos para confirmar cuál era el procedimiento. Allí se encontró con la dura realidad, la cola sobrepasaba las tres cuadras. Ella, acercándose a una de las personas que esperaba pacientemente su turno, le preguntó a qué hora abrían las oficinas y cuánto tiempo antes había que estar.

—Señora, abren a las ocho, pero nosotros estamos aquí desde la medianoche de ayer y aún no sabemos si hoy darán pasaportes o no —fue la respuesta.

Quien le daba la información era una señora mayor, que sudaba a mares mientras se abanicaba nerviosa con una penca.

Cari, mi madre, era una mujer a la que nada la asustaba. Sabía siempre cómo buscar soluciones y no dejarse amedrentar por las circunstancias que intentaban arrastrarla. Al llegar a casa, inmediatamente puso manos a la obra y llamó a Rigoberto, el «hace de todo»

de mi casa. Él lo mismo pintaba las paredes, arreglaba un mueble roto que hacía de caballito cargándonos y jugando por toda la casa. Había estado con nosotros desde que tenía memoria y casi era un miembro más de la familia. Rigo, como cariñosamente lo llamábamos, era tan negro como la noche, con dientes muy blancos, que mostraban una sonrisa tierna y amable. Tenía un aspecto corpulento y las manos abiertas, siempre listas para tenderlas a quien lo necesitaba. Nosotras lo adorábamos y, cada vez que llegaba a casa, nos montábamos sobre él y no lo dejábamos en paz ni un segundo. Era nuestro compañero de juegos y no el empleado de casa.

Mi madre le pidió de favor que hiciera la cola para sacar los pasaportes y le explicó las circunstancias en que esta se hacía. Ella, una mujer sola y con dos niñas, no podía hacerla.

Aquel hombre de espaldas anchas, con mucha tristeza y lágrimas en los ojos, solo balbuceó:

—Cari, no me diga que se van.

Mi madre le respondió consecuentemente con lo que mi padre le había repetido una y mil veces. Tenía que decir en el momento que se trataba de algo temporal. «Digan que solo vendrán a unas cortas vacaciones». Y así se lo comunicó con un tono no muy convincente:

—No, Rigoberto, es solo por si tenemos que ir de vacaciones a Venezuela. Ya sabes que Livia está allá y quiere que sus hermanas vayan a conocer a su hija pequeña, mi nieta Anabella. No se preocupe, volveremos muy pronto.

Él, sin creérselo demasiado, se ofreció para hacer la cola interminable, tenía la paciencia para ello. Esa noche nos llamó para confirmarnos que podríamos llegar a las ocho para tomar el turno.

Al día siguiente fuimos Sisi y yo con mi madre a la cola del pasaporte. Rigoberto esperaba soñoliento en una sillita plegable de

esas que llevábamos a la playa. En verdad, él era afortunado, pues los demás permanecían tirados en el suelo desde la noche anterior.

Todos estábamos desesperados por que abrieran las oficinas y salir de ese tormento. Finalmente nos tocaba el turno y la «compañera» vestida de militar, con muy mala cara, mientras hacía pasar al resto de las personas a la oficina, nos gritó, señalando a mi madre:

—Lo siento, pero solo puede entrar usted.

Mi madre trató de pedir una explicación, diciéndole que éramos sus hijas y teníamos que entrar con ella. La «compañera» la miró con un aire de desdén y le dijo:

—Escoja: entra o no entra. Si no, le doy el turno al que le sigue... Aquí mismo se acabaron los pasaportes por el día de hoy.

Sin otro remedio que asumir su mandato y con muy pocas ganas de dejarnos con Rigoberto en el medio de la calle, mi madre entró en la oficina.

Llegamos a casa con el ticket del pasaporte de mi madre para recogerlo en una semana, pero debíamos volver a hacer la cola esa noche para intentar resolver nuestros documentos al siguiente día. Rigoberto dijo que lo mejor sería ir un poco más temprano, sobre las diez, pues de otra manera no llegaríamos a los cupos otorgados; y así lo hizo, otra fila de madrugada para el pobre.

A las ocho de la mañana nos instalamos frente al edificio de Inmigración para intentar resolver de una vez el trámite burocrático. La cola había crecido desde el día anterior, le daba la vuelta a la manzana, la gente protestaba por el calor, la sed y las variadas excusas y dificultades que ponían los militares para no facilitar la realización del documento. Parecía como si todos supieran que, de un día para otro, iban a cerrar la entrega de pasaportes y nos quedaríamos atrapados en la Isla.

Allí se cuchicheaba acerca de las noticias terribles que llegaban desde el exterior sobre la Isla, problemas que estaban ocurriendo o historias que podrían ser o no ser.

En la puerta nos esperaba la militar del día anterior, con ese aire de prepotencia y superioridad que la hacía lucir aún más dura y poco femenina. Era ella y no otra quien tomaba la decisión de a quién le permitía entrar o no.

Al acercarnos, señaló a mi hermana Sisi y le dijo:

—Tú eres la última, los demás pueden irse hasta mañana.

No lo podía creer, de nuevo me habían dejado fuera. Me puse furiosa y le dije a mi mamá que no iría más a esa calurosa y larga fila, y mucho menos quería volverle a ver la cara de perro a aquella militar abusadora.

Mi madre, que me conocía bien, sabía que hablaba en serio, y sería muy difícil llevarme de nuevo. En casa, ella me hablaba cautelosa, tranquila, pero insistiendo en el punto que verdaderamente nos interesaba: salir del país a como diera lugar.

—Mi vida, sin pasaporte no puedes viajar. Es muy importante que entiendas que tenemos que reunirnos con papá en Caracas.

Yo la ignoraba, pues de ninguna manera iría de nuevo a pasar por aquella humillante experiencia.

La ansiedad en Cuba iba creciendo, cada día aparecían de la nada nuevas regulaciones y controles de todo orden. Se cancelaban vuelos, nacionalizaban compañías y, hasta nuestros vecinos, esos que fueron amables y respetuosos, que sonreían a todos a su paso por la acera, se convirtieron en delatores.

Las historias eran infinitas. Los amigos contaban cómo les quitaban las maletas con sus pertenencias en el aeropuerto. Les dejaban salir del país o no dependiendo de lo que los militares que regían allí determinaran en el momento del trámite.

Mis hermanos mayores eran revolucionarios. Manuel, el primero de todos nosotros, era un verdadero idealista y pensaba que las cosas tenían que cambiar a toda costa. Se había casado con Marta, una revolucionaria de corazón, pues venía de una familia que pertenecía al Partido Comunista de Cuba desde su fundación; por años lo estuvieron entrenando sin que mis padres lo supieran. Manolo, como cualquier joven, pasaba horas y horas en casa de su novia cuando salía de la universidad, pero nunca supimos el riesgo que corría en ese lugar, donde definitivamente le lavaron el cerebro.

Mi hermano Servando, cinco años menor que Manuel y, por tanto, también mucho mayor que nosotras, trataba de imitar al primogénito, quien le hacía originales referencias de cómo debería ser el mundo. Él se dejó guiar por el abstracto camino de la utopía soviética, y con ello abrazó, aceptó y colaboró con los cambios radicales que ocurrían aceleradamente en nuestro país.

Por todo aquello, mis hermanos mayores no podían enterarse de que nosotras nos íbamos definitivamente. Mi madre nos decía que había que ahorrarles la pena, el disgusto, se pondrían tristes y pelearían con ella. Creo que mi madre prefería pensar así antes de creer que sus propios hijos mayores podrían delatarnos al Gobierno, como muchos otros hicieron con sus parientes y amigos cercanos.

Mis hermanos estaban convencidos de que papá estaba de viaje porque era un hombre muy apegado a sus costumbres y a sus rituales; él simplemente quería conocer a su nueva nieta, que había nacido en Venezuela y, como mis padres iban frecuentemente a visitar a mi hermana, no les pareció nada fuera de lo común. En ese momento, los hermanos mayores no sospechaban de nuestro inminente y definitiva salida.

Ya mamá y papá, un poco antes del viaje, habían discutido entre ellos la idea de que mis hermanos pudiesen salir o no con nosotros hacia Venezuela, pero lamentablemente sabían que Manuel no se iría nunca, que Marta, su mujer, haría todo lo posible por retenerlo. Servando, en su puesto creativo del canal de televisión más popular de Cuba, CMQ, era la persona que la Revolución había escogido para dirigir las principales campañas de adoctrinamiento que ellos empezaban a implementar. A él le parecía importantísimo el hecho de poder contribuir con su conocimiento desde este puesto, así que mi padre estaba seguro de que no lo dejarían salir del país. Ellos confiaban en que mi hermano Manuel se ocuparía de él, y que estaría bien cuidado, mientras nosotros, desde Venezuela, esperábamos a que la situación de Cuba cambiara, y pudiéramos volver pronto de esas vacaciones que mi padre vaticinó serían breves.

Manuel y Cari siempre fueron un matrimonio muy liberal y nos dejaron pensar y decidir cómo cada uno de nosotros sentía. Mi padre, un hombre suave, de maneras delicadas, poeta y compositor, músico de vocación, creció en un hogar donde mi abuela y bisabuela fueron padre y madre para él, ya que su madre se había separado de mi abuelo y nunca más tuvo a otro hombre en casa.

El abuelo Isidro fue un padre austero y riguroso, que no estuvo muy presente en su niñez, y obligó a su hijo Manuel a estudiar Ingeniería Industrial en Escocia. A pesar de las protestas, mi padre tuvo que aceptar su suerte e irse a estudiar a la fría Europa. Aquellos eran tiempos difíciles para viajar, demasiado largos los viajes en barco, así que los padres confinaban a los estudiantes en la universidad hasta que terminaran el último año, sin otro contacto con sus familiares que las demoradas cartas durante los interminables cinco años de estudios.

Tiempo después, los padres cruzaban el océano para, finalmente, recogerlos el día de la graduación. Siempre me he preguntado cuán difíciles fueron esos momentos para él, que no quería ser ingeniero, sino músico, que añoraba a su país y a su madre, y para quien desafiar a su padre era una misión imposible. El abuelo pensaba que la música era para gente pobre y sin futuro, pues para él todos los músicos eran perfectos maleantes, gente sin profesión, parias sin demasiada cordura ni futuro.

Su madre heredó el estigma de esas cubanas pertenecientes a las «familias bien», donde las señoritas no salían demasiado de su casa y se dedicaban únicamente a cuidar de los hijos y a bordar. Perteneecía a una familia de próceres, pues su abuelo fue Julio Sanguily, uno de los grandes libertadores de la Guerra de Independencia cubana y, por ello, había sido educada en el profundo amor a la historia de su patria. Mi abuela era delicada, culta y bella, tocaba el piano con un virtuosismo que entonces solo poseían los hombres que tenían la posibilidad de asistir al liceo. Su clase era evidente, su andar ligero y señorial la hacían dueña de un porte real único, pero los prejuicios de su tiempo no pudieron salvarla del tedio, ese lugar del que yo escapo y escaparé siempre.

Me habría gustado conocerla y tenerla presente en mi niñez para que me enseñara a bordar y a heredar en vida todos sus dones. Murió cuando era aún muy pequeña, pero la memoria de mi abuela sentada al piano, su sonido inconfundible, sí estará por siempre presente en mi sensibilidad; el sonido de ese piano es para mí el eco de Cuba tintineando en el lejano horizonte.

La tragedia de mi pasaporte seguía latente, hasta que un día, con ademanes de adulta, me paré delante de mi madre y le dije:

—Iré a ver al comandante Rojas, amigo de papá, y le pediré que me ayude a sacar el pasaporte.

Mi madre, muy asustada, me contestó que sería una locura, pues se enteraría todo el mundo de nuestra partida definitiva. Le aseguré que no sería así, que me dejara hablar con él. Ella sabía que era testaruda y que, si no me llevaba, lo haría sola.

Desde niña era decidida y arriesgada, y que nada me parecía imposible. Creo que fue esto lo que hizo a mi madre acceder a llevarme ante el comandante Rojas. De más está decir que fui convincente al explicarle que extrañaba mucho a mi padre y que necesitaba reunirme con él. Así conseguí mi pasaporte, y con él en mano empezamos los preparativos para la partida.

Un día antes del viaje, mi madre reunió a mis hermanos en casa para comunicarles que nos íbamos de vacaciones a Venezuela por un tiempo, Servando se quedaría cuidando la casa, y Manuel debía velar por la seguridad de él.

—Manuel, debes escribir o llamarnos cada semana para saber cómo están.

Los dos se enfurecieron y comenzaron a hablarle a mi madre al mismo tiempo. ¡No podían creer que no les había comunicado su viaje antes! Era evidente que pensaban que nos estábamos yendo del país para siempre.

Ella, con lágrimas en los ojos, les prometió que volveríamos, y que solo eran unas vacaciones. Mi hermano Manuel, siempre actuando como si fuera nuestro padre, se sintió triste y furioso al mismo tiempo, pues perdía a sus hijas con este alejamiento; sentía que este viaje era definitivo. La Revolución nos había desalojado de nuestra casa, de todo nuestro mundo.

Servando se quedó mudo, no sabía qué decir. Era evidente que lo estábamos abandonando. ¿Cómo lo verían los vecinos? ¿Como un contrarrevolucionario? ¿Como un gusano? ¿Debería renegar de sus padres? La cara de mi hermano cambió, se hizo rígida, apareció

un rictus extraño, algo que nunca había visto en él, y dijo con voz clara:

—Mamá, sé que te vas y que no van a volver nunca. Me quedo para limpiar el nombre de nuestra familia. Alguien tendrá que luchar para que los de abajo suban y para acabar con la desigualdad social que existe en Cuba.

Mi madre lloraba a mares, mi hermana Sisi y yo, aunque no comprendíamos muy bien lo que pasaba, también con ella; no por el país, sino por el miedo a perder a nuestros queridos hermanos. Nos abrazamos todos y, entre sollozos y besos, entendimos muy adentro que pasarían muchos años antes de que nos volviéramos a ver.

El aeropuerto estaba lleno de gente, unos se iban para no volver nunca más, otros estaban ahí para despedir a sus seres queridos con la melancolía de perder ese lazo afectivo característico de la familia cubana.

Sisi y yo estábamos super bien vestidas para el vuelo, con sombrero y trajecitos de chaqueta. Así nos acostumbraba a viajar mi madre, que, como las mujeres de su tiempo, iba en avión con elegancia.

Mientras nos acercábamos a despedirnos de nuestros hermanos, en el aeropuerto la situación se volvía más tensa, y mi madre se preguntaba:

—¿Y si nos encuentran las joyas? ¿Y si no nos dejan salir? ¿Y si les parece que llevamos mucho equipaje?

Era su reacción al testimonio de otras familias que sabíamos que habían pasado por lo mismo a la salida. Había personas a las que hacían regresar a sus casas y no las dejaban salir al encontrarles joyas en las maletas o cosidas dentro de los dobladillos de las ropas; esto la hacía sentir insegura y con miedo. Según nos acercábamos

a Inmigración, donde, acto seguido, los militares de guardia nos harían una revisión de maletas, ella nos repetía una y otra vez:

—Ustedes no saben nada. Cualquier cosa que les pregunten dicen que no saben de qué les hablan y se quedan calladas. De esto depende nuestra salida de aquí.

Ella, cuidadosamente, había escondido dentro de los forros de las carteras las pocas joyas que pretendía sacar a espaldas de mis hermanos. Ellos nunca le hubieran dejado hacer esto, pues sabían las consecuencias que podría traer.

Atrás habíamos dejado las fotos y los recuerdos de nuestros ratos felices con la familia, los cafecitos con leche que nos preparaba mi abuela Yuya, los exquisitos dulces de la tía Rosa, y los besos cariñosos de mi tía Tita, las maromas de mi hermano Servando para hacernos reír, y los paseos con mi hermano Manuel, nuestro querido colegio y nuestras amiguitas.

Sin embargo, no fue hasta un año después cuando me di cuenta de que había perdido todo esto, pues para Sisi y para mí el viaje era como una aventura, algo nuevo, tal vez una escuela nueva, otras amistades, y mi papá y mi hermana Livia esperando del otro lado del océano. La inconsciencia de la edad no nos dejaba palpar la realidad inmediata, ni el porqué del miedo y la ansiedad de mi madre.

Pasamos Inmigración, mi madre extendió los pasaportes y el militar la miró a los ojos interrogándola:

—¿Estas son sus hijas?

Mi madre asintió y, casi sin mover los labios, dijo:

—Sí.

El oficial siguió mirando los pasaportes y, luego de un rato, llamó a uno con más jerarquía, quien, del otro lado del dintel, esperaba para abrirnos las maletas. El primer oficial le entregó

nuestros pasaportes y nos hizo pasar a un cuartico donde pusieron las seis maletas que llevábamos. Este, con voz aguda, señaló a mi madre para que abriera la primera. Ella, con rapidez, se la mostró. El hombre, con ademanes de quien desea encontrar problemas, comenzó a sacar una por una cada prenda, intentando demostrar que allí adentro había algo extraño. Sisi y yo notamos el nerviosismo de nuestra madre, pero nos mantuvimos calladas, tal como había ordenado.

Pasó la primera maleta, luego la otra, y así, sin que el decadente oficial pudiera encontrar nada. Quedaba solo la última, y era allí justamente donde estaban las carteras con las joyas escondidas. El perverso militar, con aires de emperador romano, extrajo una a una las prendas de vestir, luego los zapatos y, como de la nada, emergieron todos los bolsos.

Yo miraba a mi madre sudando, él abrió el que tenía las joyas escondidas y, de pronto, le grité a Sisi:

—¡Ya! ¡Ay, déjame en paz! ¡No me quites mis pulseras!

La empujé hacia un lado; ella reaccionó tarde, pero, tratando de defenderse, tiró un cenicero de pie al suelo. Así fue como se inició nuestra pelea. Mi madre, completamente desquiciada, reaccionó con un grito.

Fue el mismo oficial quien la requirió.

—Por favor, señora, no les grite. Tengo tres hijas y viajar las puede alterar. Cállese.

El militar envió las maletas a la barriga del avión, quizás por las ganas de salir de esas niñas peleonas que le recordaban a las suyas y que habían movilizado a medio aeropuerto con su escándalo.

El militar hizo un ademán para que el maletero recogiera de una vez el equipaje y lo llevara a su destino final.

Al salir del cuarto, mi madre habló con nosotras:

—Es la primera vez que tengo que felicitarlas por una pelea. Esta ha sido nuestra salvación y, en su momento, les daré su recompensa.

Salimos a la pista para tomar el avión, mirando atrás, intentando identificar a mis dos hermanos, que saludaban agitando las manos desde la terraza del aeropuerto José Martí. Respondimos de la misma manera y subimos la escalerilla del avión con lágrimas en los ojos.

Hasta hoy me acompaña el aire salado y húmedo, recordándome el mar que dejábamos atrás con su delicada espuma.

¿Quién nos diría que pasarían veintidós años antes de que volviéramos a encontrarnos?

El agua sería mi salvación

MIRÉ A TRAVÉS DEL VENTANAL de vidrio y, al ver el mar, sentí un deseo incontrolable de sumergirme en esa tranquilidad del océano que ante mí surgía como un manto que me quería abrazar. Reflejaba colores turquesas y azules y, desde lejos, podía sentir el calor del sol. Con calma, salí al aire libre, y así pude respirar la sal del mar y su olor, ese que me atraía tanto desde niña.

«Soy una criatura de isla —pensé—, necesito este mar como las aves necesitan volar».

Me adentré en él desde su orilla y caminé por largo rato, las olas me acompañaron con su rumor, me inspiraban calma minuto a minuto.

«He escogido el sitio perfecto para escribir», me dije a mí misma, y las ideas fluían en mi mente como un volcán en erupción. Las cosas no habían sido como las había planeado, creí siempre que en el mar podría descansar, divertirme, soñar, pero nunca pensé

que sería el lugar ideal para escribir o trabajar, ya que este es para mí una tentación y una distracción a la vez.

Hice camino en la arena por la orilla durante largo rato, me dejé llevar por la sensualidad del sol y de la brisa que venía del mar. Me siento energizada y joven cuando estoy aquí, vuelvo a ese mundo espiritual que existe dentro de mí, ese que me lleva a experimentar nuevas sensaciones y me da seguridad, anclándome en lo que soy.

¿Visiones de futuro? ¿Creaciones de mi mente que hago realidad?

Poco a poco fluyeron ante mi memoria sabores de otro mar y añoranzas de otras tierras, de ese mar profundo y azul que disfrutaba de pequeña en mi Isla.

Soy una apasionada del océano, siempre he pasado horas en él sumergida. Jugaba con la arena y, como no me gustaba sentirla adherirse a mi cuerpo, solía quedarme nadando hasta que mi madre o uno de mis hermanos me sacaban a la fuerza y mis manos y pies aparecían arrugados como la piel de mi abuelita Yuya, que tenía noventa y cinco años.

Mi energía incansable la gastaba haciendo deportes en el club, lleno durante toda la semana de niños que hacían mil actividades después del colegio, mientras los mayores tomaban mojitos en el bar que miraba al mar.

Los deportes siempre fueron importantes para mí. Tomaba clases de natación en la piscina, mirando al mar azul y profundo, también de ballet acuático y de saltos ornamentales. Todos los deportes del mar me encantaban, y mi madre me decía:

—Escoge uno solo o serás marinero en todo y capitán de nada.

Pero a mí me gustaba la variedad, saber un poco de todo. Quién me diría que, al pasar los años, estos me darían la posibilidad de subsistir.

Sisi y yo siempre andábamos juntas para todo menos en el deporte: a ella le gustaban otras actividades y no las que yo hacía. Íbamos siempre juntas al club después del colegio, allí pasamos buena parte de nuestra niñez. Éramos dos niñas flaquitas y ágiles, y los conocidos nos llamaban «pececitos», pues estábamos siempre en el agua.

Los fines de semana encontraba a mi amiguito Jackie Nieto en el club, y salíamos en su lancha a hacer esquí acuático. Era un chico guapo, de pelo muy negro y ojos azules. Su madre era francesa, muy sofisticada, y su padre, un cubano cordial. Hablaba muy bien francés y, cuando lo escuchaba, soñaba con dominar el idioma así algún día.

Jackie era deportista como yo. A veces lo veía como una persona mayor y no como alguien de mi edad, aunque realmente tenía solo tres o cuatro años más que yo. Ahora miro atrás y creo que a veces lo trataba con mucha seriedad, pero a los once o doce años a cualquiera que te supere en edad lo ves como un viejo.

A Manolo, mi hermano, no le gustaba que me fuera a mar abierto a hacer esquí, pues decía que había tiburones y era peligroso. A mí, en cambio, me gustaba la aventura de salir en el barco unos kilómetros fuera, lejos del club y de sus restricciones. Él mandaba a Servando a buscarme y le pedía que, si era necesario, me trajera por los pelos, pero que de ninguna manera me dejara hacer mi voluntad.

Todos en mi familia pensaban que era muy voluntariosa y siempre quería hacer las cosas a mi manera. Me comparaban con mi hermana Sisi, que era más tranquila, menos aventurera y mucho más miedosa que yo. Muchas veces ella frenaba mis locuras y trataba de convencerme de no encarar a nuestra madre cuando estaba molesta y me regañaba.

Sisi es once meses menor que yo, mi hermanita pequeña. Contaba mamá que mi llegada fue una verdadera sorpresa para ellos, catorce años después del nacimiento de mi hermana mayor, al faltarle la menstruación, fue al médico a tratarse lo que pensó que era un fibroma.

La llegada de Sisi, me imagino, fue un error de cálculo, pero una bendición para mí, pues crecí con una hermana que casi era mi gemela por haber nacido tan cerca una de la otra. Fuimos las nietas de mis padres y las hijas de mis hermanos, las más pequeñas y consentidas de todos, pero con una educación estricta, donde las buenas maneras y el respeto a los mayores eran imperiosos.

Sisi, al ser más pequeña que yo, siempre me imitaba. Dormíamos en el mismo cuarto y compartíamos todos los juegos y la cotidianidad. Cuando ella no quería hacer lo que yo había planificado, la presionaba, haciéndole creer que en la noche los fantasmas y las brujas vendrían por ella. Cuántas veces me puse una sábana en la cabeza para asustarla mientras dormía, y así supiera que esos espíritus existían y debía prestarme atención. Ella siempre me defendía cuando mi madre, cansada de mis tremenduras, quería castigarme o darme una nalgada.

Mi niñez estuvo llena de amor. Mis padres eran cariñosos y trataban de no pelear nunca delante de nosotras. Años más tarde, nos enteramos de las locuras de mi padre, un hombre siempre elegante, romántico, que tocaba el piano y enamoraba a cuanta mujer bonita le pasaba por delante. Mi madre debió haber sufrido mucho, lo quería tanto que pudo superar todas las crisis que tuvieron.